

El sí de Dios a la humanidad en Jesucristo.

Francisco García Martínez

Introducción: Buscando una mirada donde descansar.

La sospecha – el miedo – la afirmación conflictiva de la vida.

¿Dónde descansa el alma sino en una mirada acogedora que la serene? ¿dónde encuentra el hombre paz, sino en una mirada que le afirme como amable, digno de crédito y portador de bendición?

La historia de este último siglo parece ser la historia del hombre en busca de un rostro donde encontrarse, frente al que descubrir su verdadero identidad. Los pintores de retratos no han abundado y cuando han acogido encargos parecen no saber trazar líneas nítidas, rostros transparentes, miradas claras. Son sus vidas, las de ellos y sus generaciones las que no parecen no saber encontrar identidades claras en estos últimos siglos en los que el hombre abandonó aquella mirada absoluta que le afirmaba. Pero no hagamos una lectura demasiado dura de nuestra cultura, pues desde siempre este anhelo de descubrir un rostro, una mirada donde poder reconocerse ha habitado en el corazón del hombre, desde aquel principio en el que la sospecha y el miedo frente al otro, aquel prójimo que puso Dios a nuestro lado, veló la imagen donde debíamos encontrarnos y nos hizo caminar sin paz.

Sospechamos de la mirada del otro y, por eso, erramos vagabundos sin poder descansar en un hogar de carne y sangre que nos acoja. “El que me encuentre me matará”, dirá Caín (Gn 4, 14).

Quizá nuestra vida no quiera identificarse con esta descripción tan “pesimista”, pero ¿no es verdad que nuestro corazón parece sentir que tenemos que ganarnos el aprecio, que hemos de ganarnos el amor, que hemos de conquistar el afecto si queremos tenerlo? ¿No es esto señal de que hemos perdido aquel paraíso que anhelamos, y que no sabemos si existió alguna vez, en el que podamos ser amados sin más, en el que seamos acompañados por una mirada afectuosa que nos haga confiar en nosotros mismos sin tener que demostrar a cada paso todo de antemano o sin tener que mendigar o comprar afecto?

*** La oferta cristiana que viene de fuera.**

No es en nuestro mundo, modelado por las luchas (grandes y pequeñas, históricas o cotidianas) entre hermanos para alcanzar un lugar, una identidad que parecen negarnos los demás, donde encontraremos este rostro nuevo. No es en las viejas y desgastadas relaciones humanas donde encontraremos la luz nueva, el brillo de una mirada renovadora.

Sí, es verdad que parecen despuntar pequeñas chispas que hablan de un fuego existente, aunque escondido: La mirada de unos padres sobre su hijo recién nacido, la mirada del que se enamora y es correspondido, la mirada del maestro

que se deja seducir, en estos tiempos difíciles para la educación, por los pequeños que vienen hambrientos de saber y con mil preguntas tan simpáticas como impertinentes. Pero no llegan, confesémoslo, a ese espacio último e íntimo de nuestro ser donde ningún afecto humano puede crear la paz del corazón.

Pero es de ahí, de ese espacio íntimo, que espera ser fecundado por una mirada que nos afirme gratuitamente, de donde nacerán los bienes que nuestra sociedad no deja de pedir, a gritos o en silencio: la paz, la justicia, la fraternidad, la alegría...

¿Qué podemos ofrecer nosotros, cristianos peregrinos con el mundo, sino esa mirada de Dios que nos ha visitado en Cristo? ¿Qué ofreceremos, sino esa mirada que nace en nuestra carne, pero que viene de lejos, de aquel Misterio originario donde nace todo y donde todo tiene su consistencia, de aquel misterio que es Dios y que ha querido mirarnos y amarnos en nuestra misma carne? Lo ofreceremos sin presunción, porque es un tesoro que nos ha sido dado gratuitamente, sin meritos de nuestra parte y que, además, no se deja atrapar ¿Qué ofreceremos, sino a Cristo del que surge el mundo nuevo que nosotros no sabemos construir y que nos ha sido ofrecido como don de vida y como tarea fatigosa a nuestras vidas? Éste es nuestro verdadero don al mundo: la mirada de Cristo. Miramos el mundo con el amor con el que nos miró él mismo y la ofrecemos con nuestras obras como hizo él, pero con la humildad de saber que va envuelta en el barro que compartimos con el mundo.

1. La mirada primera de Dios: Dios dice sí a la creación y al hombre.

Busquemos ahora en el relato bíblico esta mirada, este encuentro de miradas donde Dios se entrega y el hombre se reconoce a sí mismo. Es el salmista en diálogo con Dios quien nos invita a ello: *Oigo en mi corazón: buscad mi rostro; tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro.*

Vestir la creación con su complacencia (de Gn 1 a Cant 4, 1. 7).

Encontramos la mirada de Dios ya al principio de los textos, nada más comenzar a releer nuestra historia. Dios llama a la creación a ser (Gn 1, 1-31), sin las prisas de las cadenas de montaje presionadas por un rendimiento a conseguir, sino con el lento cuidado del cincel del escultor que busca en una pieza de mármol la escultura imaginada, escondida y anhelante de nacer. Dios se va deteniendo a cada paso a contemplar. Su mirada contempla la obra según va naciendo de sus manos y deja hablar el corazón: *y vio Dios que era bueno*. Hay que escuchar este estribillo repetido a la caída de cada día. La creación no nace desnuda, nace vestida de la complacencia divina, del reconocimiento de su valor por parte de Dios. No es sólo aceptada, no es solo acogida porque no queda más remedio, es reconocida como bella, como buena. Y finalmente como *muy buena* (Gn 1, 31), pues Dios mismo ha contemplado sus ojos en unos ojos que pueden mirarle, los del hombre.

Pero más adelante, cuando ha crecido su obra cuando las arrugas atraviesan el rostro de su humanidad vuelve a repetir, como un amante enamorado: *¡Que bella eres amor mío, que bella eres! ¡Toda hermosa eres, no hay defecto en ti!* (Cant 4,

1. 7). No se trata como algunos pensarían de la mirada de alguien que perdió la capacidad para ver la fealdad de un mundo degradado por el pecado y la muerte, sino la mirada del que sabe reconocer el profundo valor de la belleza que cada realidad lleva dentro y que puede ser siempre esperada, porque sabe que en el hombre habita la riqueza desbordante de su ser.

Ante esta mirada el hombre responderá, con la esposa del Cantar: *Negra soy, pero hermosa* (Cant 1, 4), pues no dejas de envolverme con tu amor.

Revestir la avergonzada creación con el perdón (De Gn 3, 21 a Lc 15, 22).

Como decimos, la mirada de Dios no es ingenua. Su afirmación del hombre no está engañada. Sabe que la belleza del hombre se ha prostituido cuando vanidosa quiso ser por sí misma sin la mirada que la vestía, cuando se ofreció a miradas engañosas que la adulaban falsamente y quedó desnuda en su pequeñez y avergonzada (Os 2, 9). Su pecado fue desconfiar de esta mirada divina que la había dado a luz, de esta mirada en la que nacía el amor y la paz para su vida. Y descubrió que esta mirada era su vestido y se avergonzó de su desnudez pues sin la mirada originaria del amor la belleza se marchita. Y se escondió la humanidad para siempre. Quiso ser hermosa por sí misma, como Narciso y se encontró huyendo de la única mirada que la podía salvar: *Te he oído andar por el jardín y he tenido miedo porque estaba desnudo* (Gn 3, 10). Pensemos en nosotros mismos: ¿Ante quién nos desnudamos sin miedo, ante quién despojamos nuestro corazón sin miedo, sin temor a ser descubiertos como feos, indignos de amor, sospechosos de no tener valor real...?

Pero Dios se compadeció de nosotros, Supo que no éramos capaces de mirarle cuerpo a cuerpo, en desnudez y nos revistió. *Hizo para el hombre y la mujer dos túnicas y los vistió*, dice Gn 3, 21. El amor que nos vestía originariamente ha de transformarse en perdón que nos revista cuando nos avergonzamos y sabemos que hemos defraudado la mirada. Pero que le importa a Dios si nunca desespera, si de continuo espera que reconozcamos los dones que derrocha en nuestro ser. A la puerta del paraíso espera que no renunciemos a confiar, aunque sea poco, como aquel hijo insensato y caprichoso. Dios espera con una mirada nueva. Guarda en su retina el mejor vestido (Lc 15, 22), su perdón para comenzar de nuevo la fiesta que nunca debió interrumpirse.

*** Era al Hijo a quien miraba cuando nos llamó a la vida.**

Pero ¿de dónde proviene esta mirada divina que nunca parece desgastarse? ¿Dónde nace esta capacidad de otorgar belleza de la mirada divina que se complace en nosotros, pobres criatura pecadoras?

Es al Hijo a quien miraba cuando nos llamó a la vida. Es a él a quien buscaba atravesando la materia, el orden y los dinamismos que modelaban su creación. Quería ver su rostro en nuestro rostro, su cuerpo en nuestro cuerpo. Quería vivir el amor que le unía a él atravesando la materia y derramando así su gloria en ella.

Éste fue su designio y éste es su compromiso. No descansar hasta que nos hagamos uno con el Hijo y participemos de la belleza de su vida. No desespera,

pues sabe que en nosotros está la imagen siempre amada de su Hijo, que espera nacer para siempre en éste, nuestro barro.

Todo es gracia, porque en todo Dios se busca haciéndonos partícipes del mismo movimiento de su amor. *Todo es gracia*, pues hasta en el pecado, a la vista de esa mirada benevolente que nos viste, el hombre puede alabar la misericordia asombrosa que cubre nuestra piel.

Es al Hijo a quien miraba y, por eso, confió en exceso. Quizá pidiéndonos más de lo que podíamos dar. Nos dijo: *si quiero*, como le dijo desde siempre, en el misterio de su eternidad, al Hijo. ¿Que más podíamos pedir para confiar en nosotros mismos, para sabernos amables y amados, dignos de confianza y elegidos para construir con él este mundo inmenso?

2. La creación puesta en nuestras manos como afirmación radical del hombre.

Detengámonos un momento en esta confianza. Detengámonos un momento en esta afirmación del hombre que nunca dejará de sorprender a quien la descubra.

El hombre bendecido en su poder de confirmar, sostener y alentar la vida (imagen de Dios).

Finalmente -dice el relato- *creo Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó* (Gn 1, 27). Crea Dios algo distinto de lo anterior, creatural como todo, pero con la misión de hacer de la creación el lugar habitable que Dios ha querido. Crea al ser humano para que confirme esta bendición originaria que consiste en dominar la tierra, pero con ese mando divino, a imagen suya, que consiste en colocar cada cosa en su sitio haciendo que la realidad pueda expresar todas las posibilidades de vida latentes en ella.

El hombre ha de confirmar de parte de Dios que la realidad está bien hecha después de cada una de sus acciones. Dios confía en que la acción humana a su imagen pueda decir después de actuar: *vio lo que había hecho y era bueno*. ¿Se puede confiar más en el hombre? Su misión es alentar la vida.

Ahora el Espíritu de Dios, que aleteaba al inicio sobre el caos, parece reposar en el corazón del hombre para que sea él quien construya un orden de vida habitable para todas las criaturas (Gn 2, 7). Por eso dirá san Pablo que la creación espera su liberación de manos del hombre, cuando este realce su misión (Rom 8, 19-21).

Dios dice: *si quiero*, a la actuación del hombre sobre la tierra y descansa sereno el séptimo día que entrega a la acción del hombre. Más aún, Dios quiere reconocerse en la misma acción humana. De esta manera afirma la vida del hombre radicalmente.

Los poderes del hombre como bendición de Dios: el amor – la libertad – la inteligencia.

Pero no dice sí al ser humano en abstracto, sino a este ser humano concreto que ama, que decide, que piensa. No quiere Dios una marioneta, no quiere un *como si*

fuera verdad su imagen, pero sin ser más que una sombra de Dios reflejada sobre el mundo. No, le quiere otro, distinto, con capacidad de amar, que pueda recibir y dar amor; que sea libre, con capacidad de decidir sobre sí mismo y no sólo de reaccionar obligatoriamente; le quiere sabio, contemplativo y escrutador de la vida y de los misterios del mundo para que su diálogo con él tenga la vitalidad de los que se van conociendo y reconociendo en el cuerpo del mundo, de la vida, del ser.

Por más que la libertad haya asustado a los hombres al ver algunas de sus consecuencias catastróficas y estemos tentados por una autoridad *ilustrada* y una obediencia *ciega* que nos dé seguridad; por más que la inteligencia descubra mundos que rompen nuestras seguridades y nos hacen sentir pequeños en un universo demasiado grande para ser sometido, y estemos tentados por no aceptar más mundo que el dominado por nuestros saberes; por más que el amor lo percibamos como vulnerabilidad, exposición y espacio de traiciones sufridas, y estemos tentados de relacionarnos con contratos y leyes que nos defiendan... Dios nos ha querido libres, sabios y amantes.

Dios no nos ha querido deudores, esclavos, ignorantes para dominarnos y someternos según su beneficio. Y, menos aún, Dios ha querido que nos sometiéramos unos a otros negándonos mutuamente estas cualidades que nos dan nuestra verdadera altura en la creación¹.

Dios ha querido situarnos en aquella altura donde su acción y la nuestra dialogan, se complementan, coinciden incluso. Por eso la dignidad del hombre se medirá por la respuesta que dé a este don que le constituye y que define sus más altas posibilidades. En el fondo, su más alta dignidad.

*** *Señor, Dios nuestro, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él? (Sal 8)***

Ante este don tan sorprendente como cotidiano, ante la contemplación del mundo como otorgado a nuestra libertad, a nuestra inteligencia, a nuestro amor, ante este mundo más grande que nosotros mismos y, sin embargo, sometido a nuestras manos, el salmista y nosotros con él exclamamos: *Señor, Dios nuestro, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él?*

Se ha acordado de nosotros, sí, cuando ni siquiera existíamos, porque pensaba en compartir su señorío con nosotros cuando estaba llamando a la realidad a que existiera. Más aún, no se ha olvidado de nosotros cuando renunciamos a compartir su señorío queriéndole robar su heredad (Mc 12, 1-8), y nos convertimos en enemigos del mundo. Todavía sigue confiando y nos reclama para sí, para que seamos lo que verdaderamente somos: pastores de la vida en su nombre.

Quizá lo pensara Pedro, primogénito entre los discípulos, cuando fue llamado a pastorear con su fe y su aliento a los demás después de su traición. Señor, Dios mío, *¿Quién soy yo para que te vuelvas a acordar de mí?*

Vuelve a afirmarse el *sí* de Dios a sus elegidos, a su humanidad. Un *sí* sin vuelta atrás. Con este *sí* la tarea del hombre nunca termina, ni siquiera en sus fracasos. Está en pie hasta que Dios con él, tal y como lo ha querido, lleve todo a plenitud.

¹ Por eso, en las Orientaciones, hablan los obispos “del gran *sí* que en Jesucristo Dios dice al hombre y a su vida, al amor humano, a nuestra libertad y a nuestra inteligencia” (nº. 28)

3. Cristo: La creación y el hombre verdadero (Mc 1, 10-11).

El fracaso de la creación.

Debemos detenernos, sin embargo, en este fracaso. Debemos tomar en cuenta los caminos sin futuro que el hombre ha querido transitar y que han convertido el mundo en un espacio conflictivo, inhóspito y mortal. Hemos de afirmar la deformidad de la imagen en la que la presencia de Dios se convierte en sombra oscura de vida, e incluso atrae de nuevo las tinieblas sobre la faz de la tierra (Lc 23, 44).

Dominar, he aquí el verbo de la discordia. El hombre debía dominarse él mismo en primer lugar, aceptar su verdad de hijo, de imagen, de receptor del don... dominar su deseo de ser *todo en todo momento*. Pero no ha sido así: Eva quiso el fruto que pertenecía sólo a Dios, Caín quiso la mirada de Dios que pertenecía a Abel, David quiso la mujer de Urías, Ajab quiso la viña que era la herencia de Nabot... El hombre tuvo miedo a no ser nada, a morir si no lo dominaba y sometía *todo en todo momento*. Quiso dominar sin dominarse y, de esta manera, abrió las puertas a la violencia, al odio, a la angustia y a la muerte.

La mirada quedó atravesada por la sospecha y, de esta manera, el otro se convirtió para siempre en un posible agresor. Hay que armarse de valor para las relaciones; no se puede andar desnudo por la vida porque te expones a que te hieran; hay que esconderse del prójimo, de Dios y de uno mismo, porque hasta nosotros mismos podemos ser nuestro enemigo.

La sabiduría se convirtió en ingenio para el dominio, la libertad en autonomía irresponsable y el amor en afecto ensimismado. Todo para encontrar un paraíso que se pierde con la sospecha.

El Espíritu de Dios ha quedado preso en la vida del hombre. Consigue alentar algunas de sus obras, pero parece no poder ordenar esta creación haciéndola de nuevo hogar para las miradas limpias, de corazón puro. Un hogar para aquel corazón que se iluminaba con la mirada complaciente de Dios sobre la realidad y empujaba al hombre a mirar con sus mismos ojos a sus hermanos.

Tomar la creación bajo sus hombros y llevarla a plenitud.

Y es aquí donde Cristo, hombre como nosotros, menos en el pecado (Hb 4, 15), aparece entre nosotros. El comienza de nuevo el camino de Adán, el camino que Dios quiso realizar con el hombre como colaborador, compartiendo méritos con él. Aparece de nuevo la tentación, pero Cristo deja sentir a los poderes que se habían hecho fuertes en el hombre que él sólo busca ser imagen de Dios, alimentarse de la palabra que llama a la vida a todas sus criaturas, de la adoración que reconoce que todo es gracia recibida, de la confianza que hace caminar en terreno pedregoso y entre picadas de escorpión.

Cristo aparece como el hombre confiado, Hijo amado donde resplandece la gloria que quiso Dios para toda su obra, imagen de su deseo de vida para toda la creación. Es el hombre donde el amor deja de ensimismarse y se entrega sin medida, donde la libertad abandona su desarraigo irresponsable y se define como espacio de la voluntad de Dios para el mundo, donde la sabiduría interesada se

convierte en reconocimiento de la presencia gratuita y agraciante de Dios en el mundo, detrás de cada movimiento del ser.

Cristo deja que el Espíritu del Padre que habita en él le conduzca hasta el desierto, tierra inhóspita que el hombre ha creado en la tierra prometida, y allí lucha contra los poderes de la muerte para afirmar la potencia del amor de Dios, la potencia de su amor por los hombres, también cuando estos le han dado la espalda.

Cristo dice sí a cada hombre, su vida se manifiesta como presencia acogedora de Dios para todos los que se dejen amar por aquella mirada olvidada por la familia humana. Cristo en medio del mundo abre la puerta del paraíso a cada ser humano que acepta desnudarse ante él, que sale de su escondite al oír los pasos del Señor, que acepta dejarse perdonar, dejarse abrazar de nuevo sin recelos.

Cristo dice sí a cada hombre desnudándose él mismo, dejando ver su corazón sin doblez. Sus palabras desnudas transparentan la presencia de Dios que vuelve a buscar a su amada para seducirla de nuevo y revestirla con su amor (Os 2, 16). Zaqueo, la mujer adúltera, los leprosos, los pecadores son invitados a participar de esta mirada que renueva el corazón humano y le da la anchura verdadera de la vida. También los dirigentes, los escribas, los fariseos, los ricos, los justos... son invitados a desnudarse, a no esconder sus miedos en el ejercicio de su dominio, en el cumplimiento de sus leyes, en el poder de su dinero... Son invitados a participar de la fiesta sin miedo de la creación de Dios.

Por fin el hombre se desnuda frente a Dios, sin miedo, incluso cuando esta desnudez es despojo, agresión, burla y muerte. Cristo en la cruz es la imagen del hombre nuevo confiado hasta en la muerte, pro-existente hasta en la pobreza radical de su cuerpo sin vida. Cristo en la cruz es la imagen de la mirada de Dios que reafirma su sí al hombre cuando este le rechaza.

Ahora Dios puede exclamar: *éste es carne de mi carne y sangre de mi sangre*. Ahora puede decir con verdad: *a imagen mía fue creado el hombre, por mí y por él*. Ahora puede descansar porque la creación está en manos de un hombre que será Señor de la vida y de la historia para siempre.

*** La mirada de Dios y el costado abierto de Cristo: el hogar del hombre nuevo.**

Jesús carga con la creación hasta llevarla a aquel monte donde se contempla la tierra prometida que es Dios mismo, que es el corazón amante y misericordioso de Dios siempre esperando la vuelta de sus hijos. Cristo abre en el gólgota la puerta que el hombre había cerrado. En su cruz, con su cuerpo entregado, Dios nos mira para afirmar y reafirmar su amor eterno por nosotros (Rom 8, 31-39). Y éste es el primer lugar de la oración cristiana: la cruz. En ella, nuestra mirada encuentra el rostro que buscaba, encuentra la mirada afectuosa y el costado abierto que necesitábamos para apaciguar nuestros miedos y sospechas:

Pon tus dudas en mis llagas.

Señor mío y Dios mío, todo es gracia.

Tú, Cristo mío, eres el amén de Dios,

el Sí de Dios al hombre donde ya no cabe ningún no.

Ahora todo hombre tiene una casa abierta y sitio donde descansar sin miedo.

Se abre el banquete de los pueblos y la comunidad cristiana bebiendo del cáliz del costado abierto de Cristo aprende a ser casa común donde todos encuentren la vida, donde todos encuentren la mirada acogedora que buscan.

Se abre la misión universal y la comunidad cristiana, que sigue los pasos del Primogénito, se entrega al mundo para crear espacios de vida para todos y anunciar que es posible la esperanza, que Dios está de nuestra parte y tenemos futuro en él.

4. La paradoja cristiana: encontrar el sí de Dios en el camino de las negaciones.

Pero que nadie se engañe, el sí de Dios está escondido entre muchos noes. Hay que aprender en el camino de la negación.

Algunos se espantarán, recordando las viejas prohibiciones de las que parecía habernos liberado el nuevo Dios benevolente que ya no tiene infierno ni palabras de condena. Ya no hay confesión ¿para qué? Nos advirtieron de los peligros de la *gracia barata*, pero es más fácil adorar al ídolo de merengue, el de las fiestas de niños en la catequesis infantil.

Otros se escandalizarán, pensando que vuelven los antiguos represores del deseo del hombre, los aguafiestas de la vida y la libertad. Ya no hay normas ¿para qué? Nos advirtieron que sin normas los que vencen son siempre los más fuertes, pero es más fácil dejar correr la vida sin pensar y entregar nuestra ofrenda a los dioses del pan y del circo, de centros comerciales y los espectáculos rosas o del cotilleo político.

Que nadie se engañe, el sí de Dios se encuentra en medio del desierto, en medio de la tentación, en medio de las luchas de nuestro corazón. Se encuentra cuando la libertad decide afirmar y negar, sin dejarse llevar sin más; cuando la inteligencia se decide a despertar de lo ya sabido y arriesgarse a entender lo que no comprende; cuando el amor se decide a salir de la casa de los afectos familiares que nunca fallan.

Encontrar la afirmación de Dios en su prohibición (*el árbol de la vida*).

Hay que aceptar, en primer lugar, que el árbol de la vida no está a nuestra disposición. Éste es el primer mandamiento de Dios: *De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás* (Gn 2, 16-17). La vida nace en Dios, sólo se puede recibir agradecidamente. No se puede comprar, no se puede robar, no se puede sostener por uno mismo. Decir no al árbol de la vida es decir sí a la muerte, aceptarla como parte de nuestra vida.

Hay que aprender a morir, aceptar que no somos origen de nosotros mismos y acoger la vida como un don inmerecido. Aprender a morir, aceptar que nuestro futuro no está sólo en nuestras manos y que al final tendremos que entregar nuestra obra a la nada esperando que el que quiso nuestra existencia la recoja y la consume. Aprender a morir es aprender a dejar espacio a los demás, a no adueñarnos de todo con miedo de no ser nada si no somos todo. El primer

mandamiento es no querer vivir a cualquier precio: *Vivirás una vida mortal con confianza.*

Es en esta negación confiada a realizarnos por nosotros mismos donde encontramos que Dios alimenta nuestro camino con el pan de la vida (Mt 6, 25-27²).

Encontrar el sí de Dios en sus prohibiciones (la lucha contra los ídolos y sus mentiras).

Pero hay más, porque nuestra vida se ha llenado de derechos dados por nuestro afán de dominio y por nuestro miedo a ser anulados por los otros. La codicia, la envidia, la violencia, la mentira, en todas sus formas, aparecen como mandamientos de nuestros deseos sin Dios o del dios de nuestros deseos con vocación de divina omnipotencia. Hay que aprender a decir no. Este no es el camino enseñado por las negaciones mosaicas (Dt 5, 17-21) y su afirmación radical en Cristo. *Habéis oído que se dijo, pues yo os digo:* todavía más (Mt 5, 21-48).

La codicia, como la envidia, nacen del miedo a no ser más que un poco de nada, pero este es el engaño, pues somos parte de Dios que nos ha querido para sí, y nos descubre, con su confianza en nosotros, nuestro valor por encima de toda mirada calculadora que sólo saben medir la realidad desanimada.

La violencia responde al miedo de que nos quiten la vida, de que nos ninguneen o anonaden, pero quien temerá perder la vida si siente que ésta habita en el misterio inagotable de Dios de donde nadie la puede arrancar (Lc 12, 4-5³). Esta es la mentira, creer real la amenaza de que nos pueden anular, pero ¿cómo harán para engañarnos cuando hemos contemplado admirados la victoria de Cristo sobre los que creyeron vencerle?

La mentira responde al miedo de desnudar nuestro corazón, pues el mal nos convenció de que existe lo inconfesable. Quizá sea verdad que los hombres desfallezcamos a la hora de acoger los corazones degradados por el mal. Pero, frente a la mirada de Dios ante la que nada permanece escondido, nadie ha de tener miedo a su propia historia, pues el daño causado al mundo ha sido aceptado sobre sí y convertido en fuente de perdón en la cruz de Cristo. Sólo hay que salir de detrás de nuestras justificaciones y confesar ante él nuestra pecado (Sal 51), sólo hay que dejarse amar.

El sí de Dios aparece ante nuestros ojos cuando gritamos: *aparta de mí, Satanás, pues de Dios viene la vida y sólo en Él descansa mi alma.* El camino es

² *Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? Por lo demás, ¿quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un solo codo a la medida de su vida?*

³ *Os digo a vosotros, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después de esto no pueden hacer más. Os mostraré a quién debéis temer: temed a Aquel que, después de matar, tiene poder para arrojar a la gehenna; sí, os repito: temed a ése. ¿No se venden cinco pajarillos por dos ases? Pues bien, ni uno de ellos está olvidado ante Dios. Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis; valéis más que muchos pajarillos.*

duro, la sed aprieta, los enemigos nos rodean no sólo en las calles, sino en nuestro mismo interior. Y sólo queda armarse de fe de esperanza y de amor. Entonces cuando creamos ser débiles, aparecerá la fuerza de Cristo en nuestra misma carne (2 Cor 12, 10⁴).

*** *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo (Mc 8, 34)***

Ya está dicho todo.

Que nadie tema no ser valioso, porque Dios que lo llamó a la vida espera con confianza el fruto quizá desconocido, incluso para él, de su historia.

Que nadie tema ser mal recibido, porque Cristo lo aguarda en su mesa, sabiéndolo todo, pero renovando su confianza en él.

Que nadie desespere, pues aun los sufrimientos que padecemos son sólo dolores de parto que podrán transformarse en alegría eterna.

Que nadie tema ser empequeñecido por Dios, pues Él que le dio la vida lo hizo para llevarla a plenitud.

Que nadie se retire de esta aventura difícil de dar vida al mundo, pues sólo abrazados a la misma cruz de Cristo, como el cirineo, hacemos renace la vida que todos necesitan y esperan de nosotros.

Que nadie se retire de su mirada, pues en ella encontramos la verdadera grandeza, el verdadero destino y la verdadera dignidad de nuestra vida.

Si alguno vive para afirmarse cada día a sí mismo en sus bienes, en sus méritos, en sus cualidades, en su poder... encontrará angustiado que las puertas de la vida se le cierran y se descubrirá caminando en sentido contrario al paraíso. Nosotros, por el contrario, vivimos para Dios. *Si vivimos, lo hacemos para Dios, si morimos lo hacemos para Dios* (Rom 14, 8). Somos peregrinos mientras el amén de Dios sobre el mundo llega a consumarse definitivamente.

Es nuestra fe peregrina la que dice al mundo que no desespere de sí mismo aun cuando cargue con una historia de violencia e injusticia.

Es nuestra fe peregrina la que en medio del mundo invita al hombre a retomar el camino olvidado de la fraternidad, de una fraternidad que comienza en el acogimiento y protección de los más débiles y culmina en el perdón de los que sembraron de sal el mundo.

En ella, en su pequeñez humana, es donde el hombre de hoy puede encontrar el gran *sí* de Dios para él.

Que la gracia del Señor Jesús sea con todos. ¡Sí! ¡Amén! (Apoc 22, 21).

Publicado en: VV. AA., *PARROQUIA DE SAN JUAN EL REAL. Conferencias cuaresmales*, Oviedo 2007, 107-129.

⁴ *Por eso me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufridas por Cristo; pues, cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte.*